

LOS PROBLEMAS DE LATIKA (2)

Por **Goldie Down**

RESUMEN: Latika era hija de padres hindúes. Por algo que ocurrió en su niñez, fue recogida en el hogar de una mujer así llamada cristiana. Esta mujer tenía un hijo lisiado. Su madre adoptiva le proporcionó una educación elemental. Pero cuando Latika tenía unos dieciséis o diecisiete años, los padres adoptivos querían casarla con el hijo lisiado que tenían. Cuando los misioneros adventistas del lugar se enteraron de los problemas, se entristecieron mucho, pues ellos, siendo extranjeros, no podían intervenir.

SIENDO que desde que llegué a Australia, hace unos meses, muchos de los lectores me han dicho que han estado orando por Latika, y me han preguntado qué ocurrió con ella, resolví que debía ponerlos al día con sus problemas, en lugar de esperar la terminación feliz que estoy segura que algún día vendrá.

Poco después de que escribí la historia que apareció en *El Amigo* de la semana pasada, el padre adoptivo de Latika visitó nuestro hogar. Se sentía muy angustiado. Su esposa estaba muy contrariada porque Latika se había hecho adventista del séptimo día, y le había ordenado a la niña que saliera de la casa. Pero Latika no tenía dónde ir.

Durante un tiempo se cobijó en la casa de uno de los vecinos, pero no le sería posible quedar allí durante mucho tiempo.

-¿No pueden Uds. hacer algo por ella? -rogó el padre adoptivo de la niña-. Latika pertenece a la iglesia de Uds. ¿No pueden Uds. hacerla ingresar en una de sus escuelas? ¿No pueden encontrarle trabajo? Tienen que hacer algo para sacarla de la aldea.

Mí esposo y yo nos miramos. Eso parecía demasiado bueno para ser cierto. Nuestras oraciones estaban siendo contestadas antes de lo que nos habíamos atrevido a esperar. El intérprete acompañaba al padre adoptivo de Latika, y su bigote negro se movía más de la cuenta mientras nos urgía en inglés a aprovechar la oportunidad y sacar de allí a Latika antes de que sus padres adoptivos cambiaran de idea.

No necesitábamos que se nos urgiera a hacerlo, pero nos encontrábamos en un aprieto. Al día siguiente teníamos que salir de viaje, y estaríamos ausentes por tres semanas. ¿Qué ocurriría durante ese tiempo? ¿Habría la oportunidad de hacer algún plan antes de partir? Mi esposo y yo discutimos el problema rápidamente e hicimos una decisión. Latika podría acompañarnos en un viaje de 500 kilómetros hasta el hospital de la misión, y allí haríamos los arreglos necesarios para que ella quedara hasta nuestro regreso. Teníamos la esperanza de que hubiera una vacante en el hospital, y que ella pudiera trabajar.

Le propusimos ese plan al padre adoptivo, y a él le pareció muy bueno. Concordó en que eso sería lo mejor que podía hacerse: hacer una enfermera de Latika. Ella ya tenía una buena educación. La enfermería sería una carrera ideal. ¿Acaso él no era médico?

Mí esposo y yo nos miramos de reojo. Sabíamos qué clase de médico era: un charlatán. Sí Latika se preparaba en nuestro hospital de la misión, no tardaría en saber mucho más de medicina de lo que sabía su padre adoptivo.

Todo eso parecía muy sencillo, pero la conversación se prolongó todavía otros 35 minutos, hasta que finalmente todo quedó arreglado, y los dos hombres partieron, dejándonos para que termináramos de arreglar nuestras maletas.



A la mañana siguiente muy temprano Latika estaba a nuestra puerta con todas sus pertenencias atadas en un pañuelo. También estaban allí su padre adoptivo y el intérprete, que se movían incesantemente de un lado para otro tratando de ayudarnos a cargar nuestro equipaje.

Al día siguiente, hacia el mediodía, llegamos al hospital de la misión y dejamos a Latika en manos de algunas enfermeras indias para que le dieran de comer. Aunque Latika no había hablado una sola palabra en el viaje, y por causa de la lengua no podíamos comunicarnos con ella, pudimos ver a las claras que la niña estaba harta de nuestro alimento europeo. Otra merienda de pan y mantequilla de maní y rodajas de tomate no le atrajo en lo más mínimo, y podíamos imaginarnos el alivio que sentiría cuando hundiera sus dedos en un plato caliente de "curri" y arroz.

Tan pronto como fue posible, mi esposo se entrevistó con el administrador del hospital para ver la posibilidad de que le dieran trabajo a Latika. Con mucho pesar, éste le dijo que no había vacante y que tenían una larga lista de personas que esperaban. Ahora, ¿qué debíamos hacer? Habíamos orado mucho para que Latika fuera librada de un casamiento desgraciado, y ahora estaba libre y con nosotros, pero, ¿qué podíamos hacer por ella? En eso a mi esposo se le ocurrió otra idea brillante. Fue a entrevistarse con una de las enfermeras principales a quien había bautizado hacía algunos años.

La Srta. Samuel provenía del mismo distrito de donde venía Latika y hablaba la misma lengua. Era una mujer muy maternal, de gran corazón y de un ferviente celo misionero. De manera que mi esposo le contó la historia de Latika, y terminó mencionándole el chasco que había experimentado al no poder encontrarle trabajo.

-Pero yo tengo una idea -dijo él-. Si nosotros pagamos por su habitación y su comida y le damos a ella mensualmente un poco de dinero para sus gastos, ¿podría ella vivir con Ud., y Ud. cuidarla hasta que se produjera una vacante, de forma que pudiera unirse al cuerpo de enfermeras?

La Srta. Samuel hizo un gesto afirmativo.

-Sí. Yo tengo sólo un cuarto pequeñito, pero podemos compartirlo. Ella puede trabajar conmigo en la sala, así no extrañará ni se sentirá sola. Yo puedo enseñarle el inglés. Si, éste es un arreglo con veniente para ella, pastor.

El administrador del hospital es tuvo de acuerdo con ese plan, y él y la supervisora de enfermeras, la Srta. Samuel, mi esposo y yo, y aun Latika misma, todos parecían sentirse muy felices con ese arreglo. Luego llevamos apresuradamente a Latika al pueblo para comprarle algunas ropas, porque no tenía nada sino lo que llevaba puesto.

Valiéndome de las pocas palabras que sabía de su idioma y mediante gestos, animé a Latika a que escogiera un nuevo sari, uno hermoso con flores rosadas, más apropiado para una jovencita que el gris pardusco que usaba. Pero finalmente tuve que elegírselo yo. Las niñas indias no están acostumbradas a escoger sus propias ropas. Los hombres hacen todas las compras, y las mujeres tienen que conformarse con usar cualquier color que ellos elijan, y sentirse agradecidas de que a lo menos tienen algo nuevo. Luego compramos una blusa de color rosado pálido, una toalla, un peine y jabón. Estoy segura de que Latika nunca en su vida había tenido tantas cosas nuevas a la vez, pero las aceptó sin una palabra de agradecimiento y sin siquiera un cambio de expresión en el rostro. Así son las niñas indias criadas en las aldeas. Rara vez manifiestan gratitud por un favor que reciben o un regalo que se les da.

Regresamos luego al hospital. Después de pagar a la Srta. Samuel un mes de alojamiento y comida para la niña y de darle a Latika algo de dinero para sus gastos, salimos felices para nuestras vacaciones y durante tres semanas no supimos nada de Latika.

Apenas habíamos vuelto a nuestra casa y comenzado a trabajar cuando llegó el padre adoptivo de Latika a la puerta, lanzándonos acusaciones en el poco inglés que conocía.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntamos-. ¿Pasó algo con Latika?

-No -vociferó-, ella está bien. Pero debe volver aquí. Su madre llora por ella todo el tiempo ["Eso es porque ahora tiene que hacer todo el trabajo" le dije en voz baja a mi esposo]. Ella debe regresar. El lugar de una niña es su casa.

-Pero ella se está preparando para ser enfermera -intervino mi esposo-. ¿No quería Ud. que llegara a serlo?

-Sí, no hay nada en contra de que se prepare para ser enfermera. Puede volver aquí, a su propio distrito, y prepararse en el hospital público. No es necesario que salga de su casa. Uds. la llevaron. Su madre está enferma llorando por ella, lo mismo que yo. Uds...

-Ud. me pidió que la llevara -le recordó bondadosamente mi esposo-. Ud. me rogó que la llevara a una escuela o que hiciera algo para sacarla de la casa por que su esposa la reñía continuamente.

-Sí, sí -gritó de nuevo el padre adoptivo-. Yo lo hice. Pero Uds. gritó de nuevo el padre debían haber sabido que yo cambiaría de idea.

(Por supuesto que sabíamos que él cambiaría de idea. Esa fue la razón porque llevamos rápidamente a Latika al hospital.)

-Bueno, ahora es demasiado tarde -replicó mi esposo-. Latika está bien cuidada. Ella se siente feliz. Déjela tranquila.

Finalmente, aunque todavía con gritos y amenazas, se fue. Pero con eso no terminó el asunto. Al día siguiente regresó con nuestro humilde intérprete para asegurarse de que entenderíamos todo lo que decía. Ese día los bigotes del hombrecito se mantuvieron inexpresivos mientras su dueño traducía lo que el padre adoptivo argumentaba y lo que el pastor respondía.

-Muy malo -decía en inglés revolviendo los ojos y suspirando profundamente-. Este hombre es un malvado. Debiera dejarla tranquila en el hospital.

Nuevamente pudimos librarnos del padre adoptivo, pero al día siguiente volvió con la madre adoptiva, que lloraba desconsoladamente.

-Cualquiera pensaría que hemos raptado a la niña -le dije a mi esposo-. Lo único que hicimos fue lo que él nos pidió que hiciéramos. El nos pidió que la lleváramos al hospital.

Ambos gritaron y desvariaron. Siendo que no conocíamos su lengua, nos fue imposible hacerlos razonar, de modo que tuvimos que dejarlos allí sentados en nuestra sala, hasta que se calmaron y se fueron. Ya les habíamos dicho, vez tras vez, bondadosa pero firmemente, que la idea de que lleváramos a Latika había sido de ellos, y que eso nos había costado mucho dinero, por lo que no íbamos a gastar más para traerla de vuelta.

Teníamos la esperanza de que con eso terminara el asunto, pero no fue así.

Pasaron dos días, y el padre adoptivo regresó con una delegación de hombres de la aldea, uno de los cuales era abogado. Nuevamente se hicieron amenazas y la acusación de que nosotros habíamos llevado a Latika y la estábamos reteniendo contra la voluntad de ella misma.

-Tonterías -dijo mi esposo-. Si Latika quiere abandonar el hospital puede hacerlo. Nadie la tiene allí como prisionera.

-¡Ah! -exclamó el abogado- entonces dennos una carta que diga que ella está en libertad de irse y Ud. no tendrá más problemas. El padre de la niña lo acusa a Ud. de que la raptó.